

LIBROS

La voz de los mitos

Quisiera que esta nota se leyese, en cierto modo, como prolongación de la que hice en estas mismas páginas sobre la doctrina de cierto Gurú. En una época de cientifismo obscuro como la que todavía disfrutamos, la crítica de un determinado subproducto espiritual puede confundirse con la denuncia de todo el amplio ámbito de la experiencia religiosa o de la visión mística. De poco sirven a sus objetivos iniciáticos esas «bellas almas» débiles que proclaman los derechos de lo irracional y palpitan en lánguido desvarío a la sombra de los engranajes: esto condena a la superfluidad a buena parte de los blandos budismos, magicismos y cristofanías contemporáneas. Mientras la razón sea dureza, exigencia, renuncia a la autocomplacencia, rechazo del colorín, ningún espíritu libre tiene derecho a ser irracional. Llevan razón los «ultras» cuando denuncian «Godspell» por irreverente: lo es, ciertamente, no para con la divinidad de un Cristo al que no alude, sino para con la tragedia forzada de los hombres. Pero precisamente cabe reivindicar que la razón es algo mucho más rico y complejo de lo que suponen los racionalistas: frente a quienes se parapetan en la mitología de la razón, cuadra esgrimir la razón de la mitología. El racionalismo cientifista busca la reconciliación inmediata del pensamiento y su final feliz, el progreso: hay que enseñarle a perder, a perderse, sin dejar de ser racionalismo. ¡Ay, Razón Soberana! ¿Cuándo renunciarás al poder?

Los libros de Mircea Eliade son particular-

mente importantes para la adquisición de una espiritualidad vertebrada, lejos de irracionales tartas de crema. El que hoy comentamos (1), con motivo de su segunda edición, tiene el interés suplementario de iniciarse con unas páginas sobre la función del simbolismo, que, en cierta medida, pueden servir de introducción a todo el proyecto intelectual del admirable investigador rumano. Fue Ernest Cassirer, la fecundidad de cuyos caminos vamos aprendiendo hoy a valorar, quien inició en este siglo el estudio sistemático de una **razón simbólica**. Las aportaciones etnológicas de Frazer y las del psicoanálisis posibilitaron el acceso a materiales antes inalcanzables, que configuraron la radical importancia de los símbolos en la constitución del pensamiento. En lo tocante a la interpretación de tales símbolos, el cientifismo reduccionista de Frazer y Freud les jugó malas pasadas a la hora de dar cuenta de sus hallazgos. Los mitos quedaban reducidos a balbuceos precientíficos de salvajes incapaces de explicar los fenómenos naturales (Frazer) o a sublimaciones colectivas de las pulsiones conflictivamente reprimidas por el tabú del incesto (Freud). Relacionando el simbolismo de la mitología con las estructuras lingüísticas, Cassirer dio un paso muy importante en una dirección más fecunda, aunque no exenta de peligros de esclerosis y mecanización, como prueba la obra de Lévi-Strauss. Mircea Eliade ha sufrido la influencia de Jung, que se mostró más sensible a la raíz de lo mítico que Freud; la teoría jungiana de los arquetipos, especie de temas anclados en el inconsciente que retornan una y otra vez en los mitos, los sueños y los delirios, y que parecen ser el reflejo psíquico de la realidad más radical, o, mejor, la realidad más radical de lo psíquico, se ha visto confirmada por las

(1) *Imágenes y símbolos*, Mircea Eliade. Ed. Taurus.

aportaciones documentales de Eliade. Las imágenes de la razón simbólica no se agotan en sus alusiones a una hipotética «realidad concreta», pues también engloban las interpretaciones de lo concreto como manifestaciones de lo trascendente y todos los aspectos contradictorios, pero simultáneos, que encierran dichas manifestaciones. Es la necesidad de superar la lógica binaria —verdadero/falso— del lenguaje lo que hace al hombre recurrir a la imagen simbólica; en contra de lo que soñaron —y sueñan— los positivistas, los símbolos nunca serán plenamente «traducidos» a lenguaje científico y explicados, por la sencilla razón de que **no hay nada que explicar en ellos**: no transmiten un contenido, sino que expresan una realidad. Y esa realidad es tan compleja, tan amenazadora, que no sabría ser expresada de otro modo. Expulsar a las imágenes del reino de la razón supone mutilar a ésta de su faceta más profunda; admitir que la razón es discursiva y simbólica, utilitaria y mítica, nos obliga a admitir al enemigo en casa. Confortable verdad controlada, que nunca bajas más que hasta donde es útil bajar, adiós.

En *Imágenes y símbolos*, Eliade trata diversos temas mágico-míticos, entre los que destacan por su interés y profundidad el referente al simbolismo del «Centro» y el que versa sobre los mitos indios del tiempo y la eternidad. En el primer caso, Eliade parte de esta idea: «Todo microcosmos, toda región habitada, tiene lo que podría llamarse un "Centro", es decir, un lugar sagrado por excelencia». Según casi todos los mitos, en este «Centro» se halla una montaña, un árbol o un pilar que une las tres zonas cósmicas: Cielo, Tierra e Infierno. Situándose en ese «Centro», que frecuentemente debe ser conquistado con esfuerzo, pasando por diversas pruebas iniciáticas, el hombre puede ascender o bajar a los otros niveles có-

smicos, en pos de la inmortalidad, para rescatar a una mujer amada (Orfeo) o a la Humanidad toda (Cristo). El «Centro», por otro lado, es juntamente lo inaccesible y lo próximo: el itinerario que conduce a él se halla sembrado de terribles obstáculos, y, no obstante, cada ciudad, cada templo, cada habitación se hallan en el centro del Universo. Respecto a los simbolismos indios del tiempo y la eternidad, Eliade contraponen el tiempo mítico o sagrado al tiempo profano. En este último, continuo e irreversible, se da nuestra existencia cotidiana, con cuyas limitadas peculiaridades confundimos a la realidad toda. Creemos ser o poseer lo que nuestro carnet de identidad o nuestras escrituras de propiedad nos otorgan. Pero la recitación periódica de los mitos rompe los muros alzados por las ilusiones de la existencia profana y nos devuelve a ese «momento favorable» del origen, al punto de la «iluminación instantánea», en que el tiempo disuelve su curso en una plenitud de sentido.

Las minuciosas aportaciones documentales de Eliade brindan un inestimable material a la reflexión. No se trata de «creer» en doctrinas más o menos esotéricas y sugerentes, sino de devolver a nuestro

pensamiento su polifacetismo, perdido en aras del monoteísmo científico. Ningún libro, ningún maestro, ningún conocimiento completo y definitivo, pero ciertos libros, ciertos maestros, ayudan a permanecer alerta. Y eso es importante, porque «quizá la muerte no es más que el resultado de nuestra indiferencia ante la inmortalidad». ■ **FERNANDO SAVATER.**

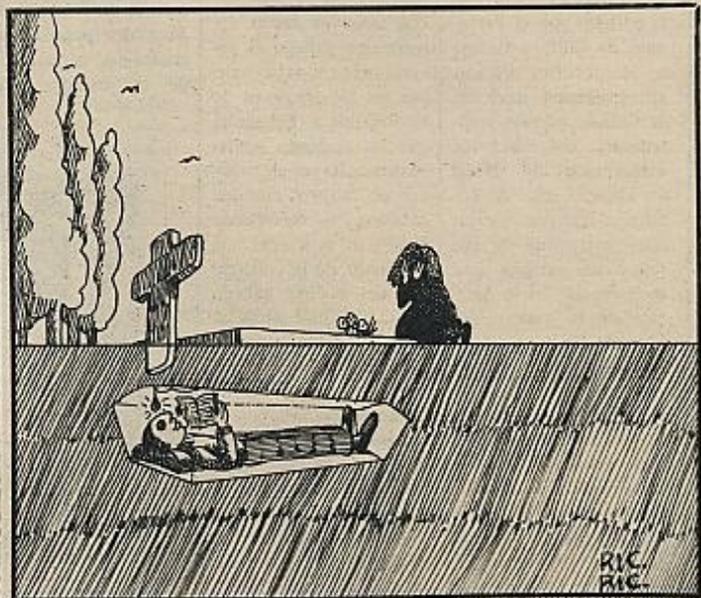
«El escándalo Watergate»

Carl Bernstein y Bob Woodward, reporteros del «Post», de Washington, recibieron el 17 de junio de 1972 —un sábado por la mañana— un encargo que les pareció de rutina. Cinco hombres habían sido detenidos en el cuartel general del Partido Demócrata; habían entrado ilegalmente con el propósito aparente de espionar. Ninguno de los dos recibió el encargo con entusiasmo. Sus aspiraciones estaban por encima de estas pequeñas misiones. A Woodward le gustaba escribir artículos largos y polémicos sobre los washingtonianos y sus costumbres; Bernstein quería ser crítico de música. Tampoco les gustaba colaborar juntos. Tenían algunos prejuicios el uno contra el otro. Pero comenzaron a cubrir su encargo, y se

dirigieron al complejo arquitectónico conocido con el nombre de Watergate. Entre los dos iban a hacer que aquel nombre se hiciese famoso en el mundo entero, y que el caso terminase con la dimisión del Presidente de los Estados Unidos. Todo el país se conmovería con sus hallazgos informativos; todo el gran periódico al que pertenecían estaría al servicio de su información.

Bernstein y Woodward escribieron un libro sobre el caso; no sólo sobre el caso, sino sobre ellos mismos investigando el caso. Es apasionante. Un gran reportaje político es un género que se ha cultivado en los Estados Unidos mejor que en ningún otro lugar del mundo: este libro figurará siempre entre los mejores.

Su título original es «All the president's men»; está tomado de «Alicia», de Lewis Carroll, de la triste historia de Humpty Dumpty, el hombre-huevo que se balancea en el filo de una alta tapia: si llegara a caerse, se estrellaría y «all the king's men» —todos los hombres del Rey— no serían suficientes ni capaces para recomponerlo. Nixon cayó de la tapia de la Casa Blanca, y todos los hombres del Presidente no han podido soldar sus pedazos... Porque los hombres del



Presidente habían ido cayendo antes, uno a uno, desenmascarados por todo el complejo democrático que la investigación de Bernstein y Woodward había puesto en movimiento. En la edición castellana de Euros —el primer libro que lanza esta editorial: puede estar satisfecha de su elección y de su rapidísimo éxito—, el título es más directo: **El escándalo Watergate**.

Pero insistamos en que llega más allá que el del caso Watergate. Todos los nervios y los músculos que recubren el esqueleto político de los Estados Unidos quedan al descubierto: tramas y personajes. Es un modelo de construcción de un cierto género literario y la cumbre del periodismo.

La edición de Euros es excelente, y la traducción castellana de Joaquín Adsuar Ortega, fluida, coloquial y perfectamente legible, como requiere el original. ■ H.

El problema nacional de Galicia

Del otro lado del Atlántico, concretamente de Montevideo, nos llega un libro recientemente editado por el Patronato da Cultura Galega de Montevideo, titulado «El problema nacional de Galicia, génesis y estructura del Estatuto autonómico de 1936». Su autor, Carlos A. Zubillaga Barrera, es un claro exponente de ese fenómeno extraño que se suele dar en la América de la emigración. Se trata de la atracción de la lengua y cultura gallegas sobre diferentes y dispares personas. En el caso de Zubillaga esta «atracción» se explica por su amistad y asidua relación con gallegos y porque su abuela, creo, era gallega. Podemos incluso echar

mano de la llamada ancestral. Pero se dan casos inexplicables, como el de Anne Marie Morris, profesora de la Universidad de California, que quedó prendida y obsesionada por unos versos, escritos en una lengua extraña y desconocida para ella, que cayeron en sus manos, y que resultaron ser gallegos. A partir de entonces, compuso versos en gallego y tiene publicado un libro, «Voz Fuxitiva», por la Editorial Galaxia.

Zubillaga, uruguayo, habla y escribe perfectamente el gallego, y, aún más, se preocupa de nuestra Historia y cultura. Es profesor de Historia en la Facultad de Humanidades de su país y miembro correspondiente de la Real Academia Gallega en Uruguay. Entre su extensa bibliografía encontramos libros en gallego, como «Castelao no arte galego», y varios en castellano dedicados a Galicia: «Para la tierra presentida», «Regionalismo y universalismo de la cultura gallega», «Los gallegos en el Uruguay» y el que ahora acaba de editar.

El autor intenta seguir, a través de los escasos y difícilmente accesibles documentos que pudo manejar (él mismo dice en el prólogo: «La tarea es ardua. El fenómeno gallego es generalmente soslayado por los historiadores de la República Española, que se detienen preferentemente en el análisis de la problemática catalana y, en menor grado, de la vasca»), el despertar de la conciencia del pueblo gallego como tal, que sitúa en la época del Alzamiento Nacional contra los franceses en 1808, hasta la votación masiva por el pueblo del Estatuto Gallego el 28 de junio de 1936, en la cual sobraron unos 100.000 votos del «quantum» exigido por la Constitución. Dicha conciencia,

que se reafirma progresivamente, va necesariamente variando según soplan los vientos en el Gobierno Central. Se documenta, en principio, con la revolución del año 1843 contra Mendizábal, en la que la Junta Central de Galicia discute, y se pierde por un voto, «si debía o no este antiguo Reino declararse independientes». Este Alzamiento revolucionario termina trágicamente con los fusilamientos de Carral. (El Monumento a dichos mártires se conserva en el pueblo de Carral, cerca de La Coruña. Días pasados fueron depositadas allí unas flores, por los representantes de la Asamblea de la Federación Mundial de Sociedades Gallegas, que celebraron sus reuniones en La Coruña.)

El federalismo de Pi y Margall, allá por los años 60, predica: «Todo poder central que no es resultado de un pacto entre las diversas provincias a que ha de servir de centro, es de suyo invasor y despota y tiende fatalmente a dominarlo y avasallar todo». «¿Qué país de Europa está mejor dispuesto para un régimen federal que la nación española?». Esta actitud tiene inmediata repercusión en Galicia, y el 22 de julio de 1873 se celebra en Santiago una Asamblea popular para consolidar la formación de un Estado gallego

dentro de la Federación española.

Luego pasa Galicia a una etapa regionalista, inspirada por el libro de Brañas, «El Regionalismo», que tuvo un carácter elitista, excluyendo el entronque agrarista, que basándose en el sistema foral, consigna el despertar político de la población rural, encabezados por Basilio Alvarez.

El regionalismo fue superado por el nacionalismo, que se dividirá en dos tendencias: Una, señala la virtualidad social del movimiento y la necesidad de comprometer al proletariado en el nacionalismo. Dice Castelao: «... el proletariado debe incorporarse al movimiento reivindicador de las nacionalidades para derrotar la política imperialista y facilitar la unión internacional de obreros y campesinos. La libertad de las nociones afecta al proletariado tanto o más que a la burguesía». La segunda tendencia, de nacionalismo a ultranza, casi chauvinista, ajeno a la voluntad popular, fue encabezada por Risco. El 18 de mayo de 1916 se funda la «Hirmandade dos amigos da Fala», impulsada por jóvenes republicanos, que se extiende y bifurca por toda Galicia, en cuyo manifiesto se lee: «Teniendo Galicia todas las características esenciales de la nacionalidad, nos-

otros nos nombramos, de hoy para siempre, nacionalistas gallegos, ya que la expresión «regionalismo» no recoge todas las aspiraciones ni abarca toda la intensidad de nuestros problemas».

Da repaso a continuación a las organizaciones republicanas en Galicia: La ORGA (Organización Republicana Gallega Autónoma), fundada en 1929; la Federación Republicana Gallega, integrada por distintos partidos, y el Partido Galleguista, fundada en 1931, con representantes de 22 agrupamientos, en cuyo programa se define a Galicia como: Unidad cultural, pueblo autónomo, comunidad cooperativa y célula de universalidad, y en el cual, según Zubillaga, adquieren nitidez los problemas ideológicos, hecho este que lo distinguiría de todos los intentos políticos llevados a cabo en el área gallega. El Partido Galleguista crecería de tal forma, que en 1933 contaba con más de 60 grupos y con un número de afiliados superior a 3.000.

Posteriormente, el libro pasa a analizar la actitud de los partidos políticos españoles cara al problema gallego, incluyendo textos al respecto del Partido Socialista y de Acción Republicana, en boca de Azaña, y señala que, a pesar de las expresiones de

adhesión a las ideas autonomistas, la realidad política demostró que muchos de los voceros de las mismas, en la hora de la aplicación práctica de sus principios, negaron el apoyo necesario para hacerlos realidad.

El Partido Galleguista, después de una escisión de su sector derechista, ingresaría en el Frente Popular, que triunfa y da veintiocho diputados autonomistas gallegos a las Cortes.

Se detiene luego en la Constitución de 1931 y el problema de las nacionalidades. Se discute la opción entre una República federal o unitaria. El recuerdo de esto hace exclamar años más tarde a Basilio Alvarez: «¡Y pensar que si las Constituyentes se hubiesen pronunciado por una República federal, no nos hubiésemos encontrado con esta gran desgracia de la guerra!». Intervenciones de Jiménez Asúa, Novoa Santos, Alcalá Zamora, Ovejero, Atomar y otros, nos muestran distintas posturas ante el tema. Es significativa la de Unamuno, que arremete contra el derecho de Galicia. No existe, según él, problema gallego, ni miseria, ni emigración, porque «no hay nada más rumboso, ni menos avaro, ni más alegre, que un aldeano gallego. Todas esas morriñas de la gaita son cosas de los poetas». A estas y

